



Discurso Pronunciado por el Sr. Sol Bloom

Señor Presidente:

Nada más justo que el nombre de Carlos Finlay identifique y honre a una institución creada con el fin de incrementar la investigación médica a través de las Américas. Carlos Finlay dedicó su vida a la investigación y a la práctica de la medicina, y a él más que a ningún otro mortal deben las Américas el estar ahora protegidas contra una plaga que antes arrasaba sus ciudades y destruía sus poblaciones. A no ser por Carlos Finlay, tal vez la fiebre amarilla azotaría aún una de las más bellas regiones del Nuevo Mundo.

Gracias a los esfuerzos de la profesión médica en los Estados Unidos, en Cuba y en las demás Repúblicas Americanas, y con el valioso contingente de los esfuerzos personales de los Doctores Benjamín Salzer y Edgar Mayer de la Ciudad de Nueva York, la figura de este gran benefactor de la humanidad viene destacándose en sus verdaderas proporciones ante la opinión pública.

El estudio de la vida y la obra de Carlos Finlay renueva en nosotros el orgullo y la fe en la humanidad, ya que revela a un hombre en quien un corazón generoso fue inspiración de una inteligencia de alcance, de penetración y de poder extraordinarios, e ilumina la carrera de un médico modesto que, por su propio ingenio y laboriosidad, rasgó el tupido velo que cubría uno de los más sutiles secretos de la naturaleza y aplicó su descubrimiento a la salvación de millones de vidas humanas. El estudio de su vida nos enseña también con cuánta desidia la humanidad olvida a sus benefactores, sin percatarse de que, confundido en el tráfico diario, vive un inmortal cuyos logros serán una bendición para la humanidad eternamente.

¿Cuál fue la obra cumbre de Carlos Finlay? En pocas palabras: descubrir que la fiebre amarilla se trasmite de hombre a hombre por la picada de un mosquito que previamente ha chupado la sangre de una víctima de esta enfermedad: que la fiebre amarilla se contrae solamente de esa manera; y que un género determinado de mosquito es el portador del mal.

Ahora que el mundo sabe que es la picada de determinado mosquito lo que transmite la fiebre amarilla el hecho parece simple, tan simple que todos debían haberlo sabido desde el principio. También otros descubrimientos han parecido fáciles. El descubrimiento del Nuevo Mundo, por ejemplo, o el de un método para volar. No olvidemos, sin embargo, que Colón fue ridiculizado y desdeñado por los hombres más sabios de su tiempo por atreverse a asegurar que él podía encontrar un continente navegando hacia el oeste desde Europa, y que los hermanos Wright, aun después de construir una máquina voladora, y de volar en ella, fueron ridiculizados por sus vecinos de Ohio, gente positivista que los consideraba medio locos y se hacía eco del comentario universal: "Esos muchachos se romperán las costillas: ya lo verán. ¡Mira que creer que pueden aprender a volar ... !"

El ridículo y el escarnio constituyeron el único reconocimiento público que se dio a Carlos Finlay por cerca de veinte años después de tener el valor de hacer pública su teoría de que la transmisión de la fiebre amarilla se debía a la picadura de un mosquito. Su idea era contraria a las ideas y creencias populares, de la misma manera que la teoría de Colón contradecía las opiniones de su época, y que Morse provocó burlas cuando se propuso transmitir mensajes inteligibles a través de alambres eléctricos tendidos de un pueblo a otro. Lo ocurrido a Finlay es lo que siempre ocurre a los pensadores que brindan nuevas ideas a la humanidad. Y para rubor nuestro tenemos que admitir que aun en nuestros propios días la humanidad es todavía refractaria a aceptar verdades recién descubiertas.

¡Venturoso es el descubridor que vive para ver comprobada su teoría, y más venturoso aún el que recoge los frutos de su labor! No así Colón, quien murió en Valladolid preterido y calumniado. Para colmo de males, el Nuevo Mundo que él descubriera lleva hoy el nombre de otro explorador, El hombre cuyo descubrimiento hizo desaparecer la fiebre amarilla del Nuevo Mundo, cuyo genio permitió a los Estados Unidos construir el Canal de Panamá después que los franceses habían fracasado en su empeño debido a la fiebre amarilla, vivió para ver confirmada su teoría, pero no lo suficiente para recoger de la humanidad todo el fruto a que era acreedor. Aun hoy, después de cuarenta años, apenas si se sabe en los Estados Unidos que Carlos Finlay fue el verdadero conquistador de la fiebre amarilla. La gloria ha sido para otros; no porque ellos lo quisieran así, sino principalmente porque la comprobación espectacular que hicieron de la validez de la teoría

de Finlay, seguida de cerca por la erradicación de la fiebre amarilla en La Habana y en Panamá, atrajo más la atención de los estadounidenses que el descubrimiento que hizo Finlay al arrancar su secreto a la naturaleza. Otro factor que evitó que la fama de Finlay se difundiera por este país fue el hecho de que sus escritos se publicaron principalmente en español, por lo que resultaban prácticamente inaccesibles para la generalidad de los norteamericanos!

El instituto que se crea ahora ayudará a extender la fama de Finlay, que tan brillantemente resplandece en Cuba y en toda la América Latina. Y a medida que se extienda el renombre de Finlay, crecerá la fama de Walter Reed, así como la de todos los que compartieron el honor de confirmar la teoría de Finlay y de ponerla en práctica.

